

¿VIVIR MEJOR O EL BUEN VIVIR?

LEONARDO BOFF

Petrópolis, RJ, Brasil

Según la ideología dominante, todo el mundo quiere vivir mejor y disfrutar de una mejor calidad de vida. De modo general asocia esta calidad de vida al Producto Interior Bruto de cada país. El PIB representa todas las riquezas materiales que produce un país. Entonces, de acuerdo con este criterio, los países mejor situados son Estados Unidos, seguido de Japón, Alemania, Suecia y otros. El PIB es una medida inventada por el capitalismo para estimular la producción creciente de bienes materiales de consumo.

En los últimos años, a la vista del crecimiento de la pobreza y de la urbanización *favelada* del mundo y hasta por un sentido de decencia, la ONU introdujo la categoría IDH, el «Índice de Desarrollo Humano». En él se incluyen valores intangibles como salud, educación, igualdad social, cuidado de la naturaleza, equidad de género y otros. Ha enriquecido el sentido de «calidad de vida», que era entendido de forma muy materialista: goza de una buena calidad de vida quien consume más y mejor. Según el IDH, la pequeña Cuba se presenta mejor situada que Estados Unidos aunque con un PIB comparativamente ínfimo.

Por delante de todos los países está Bután, encajonado entre la China y la India, a los pies del Himalaya, muy pobre materialmente, pero que estableció oficialmente el «Índice de Felicidad Interna Bruta». Ésta no se mide por criterios cuantitativos, sino cualitativos, como buen gobierno de las autoridades, distribución equitativa de los excedentes de la agricultura de subsistencia, de la extracción vegetal y de la venta de energía a la India, buena salud y educación y, especialmente, buen nivel de cooperación de todos para garantizar la paz social.

En las tradiciones indígenas de Abya Yala, nombre para nuestro continente indoamericano, en vez de «vivir mejor» se habla de «el buen vivir». Esta categoría entró en las constituciones de Bolivia y Ecuador como

el objetivo social a ser perseguido por el Estado y por toda la sociedad.

El «vivir mejor» supone una ética del progreso ilimitado y nos incita a una competición con los otros para crear más y más condiciones para «vivir mejor». Sin embargo, para que algunos puedan «vivir mejor» millones y millones tienen y han tenido que «vivir mal». Es la contradicción capitalista.

Por el contrario, el «buen vivir» apunta a una ética de lo suficiente para toda la comunidad, y no solamente para el individuo. El «buen vivir» supone una visión holística e integradora del ser humano, inmerso en la gran comunidad terrenal, que incluye además de al ser humano, el aire, el agua, los suelos, las montañas, los árboles y los animales; es estar en profunda comunión con la Pachamama (Tierra), con las energías del Universo, y con Dios.

La preocupación central no es acumular. Además, la Madre Tierra nos proporciona todo lo que necesitamos. Con nuestro trabajo suplimos lo que ella por las excesivas agresiones no nos puede dar, o le ayudamos a producir lo suficiente y decente para todos, también para los animales y las plantas. El «buen vivir» es estar en permanente armonía con todo, celebrando los ritos sagrados que continuamente renuevan la conexión cósmica y con Dios.

El «buen vivir» nos convida a no consumir más de lo que el ecosistema puede soportar, a evitar la producción de residuos que no podemos absorber con seguridad y nos incita a reutilizar y reciclar todo lo que hemos usado. Será un consumo reciclable y frugal. Entonces no habrá escasez.

En esta época de búsqueda de nuevos caminos para la humanidad la idea del «buen vivir» tiene mucho que enseñarnos.



LA IZQUIERDA COMO GRAN CAUSA

RAFAEL DÍAZ SALAZAR

Madrid, España

La historia de la izquierda es la de una larga marcha en la lucha contra la barbarie provocada por los seres humanos. Esta lucha se ha dirigido a disminuir las injusticias y conquistar una mayor fraternidad entre estos seres llamados -no en vano- *animales racionales*. Ya sabemos que en el desarrollo civilizatorio hay sobradas pruebas de lo uno y de lo otro, y no sabría decir qué es lo que más sobreabunda: la animalidad o la racionalidad.

La lucha por suprimir la barbarie y alcanzar la fraternidad humana es muy antigua. Hay quien identifica el nacimiento de la izquierda con la historia de las tres Internacionales obreras surgidas en 1864, 1889 y 1919, respectivamente. Otros retrotraen su surgimiento a fechas más tempranas, como la Revolución Francesa de 1789, la fase del primer desarrollo del socialismo utópico en Inglaterra y Francia en la década de 1810, o la publicación del *Manifiesto Comunista* (1848). Hay incluso quien ha afirmado que las raíces históricas de la izquierda socialista moderna hay que buscarlas más lejos, nada menos que doscientos años antes de la publicación del *Manifiesto Comunista*, concretamente en el periodo de la guerra civil inglesa (1642-1652), en el que surgió el movimiento radical de los *diggers* que defendía ideas igualitaristas.

Para denominar con el nombre genérico de izquierda al conjunto de movimientos que han luchado y siguen luchando contra la barbarie de la explotación y la dominación que impiden la fraternidad, la igualdad y la libertad, tenemos que irnos todavía mucho más atrás. Desde esta premisa, yo establecería el origen de la izquierda en la rebelión de los esclavos dirigida por Espartaco entre los años 73-71 antes de Cristo. Una guerra que terminó con la muerte de éste en la lucha contra las tropas de M. Licinio Craso, en Apulia, y con la victoria definitiva de Pompeyo, que aniquiló al ejército de esclavos.

Durante estos 2.073 años, las luchas de liberación de millones de seres humanos han alimentado el curso humanizante del río de la historia. Creo que debemos insertar nuestra perspectiva en un horizonte muy amplio, que destierre de una vez por todas la imagen de la caída del muro de Berlín como el fin de la historia y

el principio de un futuro unidimensionalmente marcado por el fracaso del experimento bolchevique; al fin y al cabo, uno más de los muchos que se han creado en una larga historia de búsqueda de cómo construir un mundo que armonice la igualdad, la fraternidad y la libertad. Esta perspectiva amplia puede liberar a la izquierda de sobrecarga ideológica y centrarla en raíces morales y objetivos humanizantes. Desde este enfoque, las culturas políticas, las ideologías y los programas se convierten en meros medios, en instrumentos que deben someterse a la dinámica de prueba y error para ir consiguiendo los fines morales y sociales que son los que verdaderamente otorgan la identidad más profunda a lo que hoy denominamos en el lenguaje coloquial «la izquierda».

Por estas razones, si hubiera que buscarle un adjetivo para concretar la identidad de fondo que une su pasado y su futuro, creo que el más adecuado sería el de *espartaquista*, mucho más que el de marxista, socialista o postmarxista. Espartaco como arquetipo de una izquierda que busca la erradicación del sufrimiento humano causado por mecanismos de explotación y dominación y que apela a la sublevación moral, al compromiso político de todas aquellas personas que -desde diversas ideologías, éticas o religiones- quieren acabar con situaciones de inhumanidad y desigualdad en torno a un programa común de acción.

La lucha proseguirá con el nombre o sin el nombre de izquierda, marxismo o socialismo, mientras haya colectivos de humanos que se rebelen contra la explotación, la dominación y el empobrecimiento de unos seres por otros. Conviene dejar bien clara esta idea en un momento en que hay que saber distinguir muy bien los fines de las modalidades y métodos para alcanzarlos. Los nuestros son tiempos para anclarse en lo esencial y estar muy abiertos en la búsqueda de mediaciones de todo tipo para alcanzar los fines de la izquierda, los cuales han de ser redefinidos en cada coyuntura histórica.

Lo esencial es saber precisar los fines y los medios de un proyecto colectivo y universal para lograr que disminuyan las explotaciones, injusticias, opresiones, desigualdades y pobreza que siguen existiendo.